

LA "REVOLUCION
DISFRAZADA"

EL DOS DE MAYO DE 1808

Fue un día como para ser contado por Galdós, y Galdós lo contó. Luego, con el paso de los lustros, lo que pasó el Dos de Mayo de 1808 se fue convirtiendo en versos de juegos florales, discursos para párvulos, películas de cartón piedra, facilidades de caja de la retórica. Y cada uno llevó el agua del Dos de Mayo a su molino de conveniencia histórica: para desprestigio de la Monarquía o para su exaltación; para ser antifranceses o para lamentar que se perdiera lo que podían aportarnos; para besar la mano que nos echaron los ingleses o para escupirla. La lejanía real parece sólo aproximada por las broncas pinceladas de Goya en el amanecer trágico de la Moncloa, con los fusiles de los mamelucos disparando a bocajarro en los pechos descamisados de los chisperos.

La España que precede al Dos de Mayo tiene un gran pie, casi los dos, en el feudalismo. Es una España con 17 ciudades, 2.350 villas y 8.818 pueblos sometidos a la jurisdicción de los «señores»; tres ciudades, 402 villas y 1.280 pueblos bajo el patronato eclesiástico de las órdenes. (Pierre Vilar). De 55 millones de aranzadas de tierra cultivada, 17.599.900 eran de realengo (el Rey, como señor), 28.306.700 eran de señorío secular (los habitantes eran súbditos del señor, propietario de

ellas) y 9.093.400, de señorío eclesiástico. El país tenía 10.268.000 habitantes (censo de 1803), de los cuales, 6.650.000 formaban la población activa: 5.615.000 de ellos se dedicaban a la agricultura. (Tuñón de Lara). Había aún señores «de horca y cuchillo».

Carlos IV era un Rey débil. El país lo gobernaba su favorito —favorito de la Reina María Luisa—, Godoy, que se alió con Napoleón. La alianza fue catastrófica. No sólo costó Trafalgar, sino también la implantación napoleónica en plazas fuertes, en lo que hoy llamaríamos «bases». Cuando quiso dar marcha atrás, era ya tarde. El motín de Aranjuez, el 19 de marzo, sustituyó a Carlos IV por su hijo Fernando VII. Mientras, Murat marchaba hacia Madrid al frente de los mamelucos napoleónicos. Y, el Dos de Mayo, el levantamiento del pueblo de Madrid fue el primer estallido de la guerra de la Independencia. ¿Guerra de Independencia o revolución?

Balmes habla de la revolución que se hizo «en medio de la confusión y el trastorno que consigo trajo la guerra de la Independencia». Baralt y N. Fernández Cuesta son más explícitos: «La revolución política no fue en España un hecho principal, sino incidente y sin carácter propio: que en 1808, incipiente y vergonzante, tuvo necesidad de guarecerse

del gran sentimiento nacional de independencia que excitó la invasión de los franceses». Parece, por estas autoridades, que el movimiento que comenzó el Dos de Mayo de 1808 fue una «revolución disfrazada». Para Marliani, en «La Monarquía y el poder real», las cosas pasaron así: «Sí, a pesar de la resolución tomada por la familia real, los españoles se arrojaron a una gloriosa resistencia en defensa de la patria ultrajada y tomaron por bandera el nombre de Fernando VII, ello fue por ser necesario enarbolar un pendón que reuniese todas las voluntades bajo un signo reconocido por el pueblo con facilidad».

Eloy Terrón, en un interesantísimo libro que acaba de publicar (1), extrae de hechos, textos y documentos, y de un análisis sociológico sistemático, algunas consecuencias. El apoyo del pueblo a Fernando VII, que ha permitido atacar a la «plebe» por su defensa del absolutismo y su vocación de esclavitud («Vivan las caenas») suponía un movimiento antifeudal. Las clases elevadas habían contenido todas las reformas sociales a partir del terror que les produjo la Revolución Francesa. Napoleón era «el domador de la hiena revolucionaria». El alto clero veía en él el hom-

(1) Eloy Terrón, «Sociedad e ideología en los orígenes de la España contemporánea», Ediciones Península, Barcelona.

bre que había restaurado los altares incendiados por la Revolución. La contracción conservadora mantenía la desmembración feudal de España; el alzamiento del Dos de Mayo contenía por primera vez el germen de una unidad nacional hecha desde abajo, con unos objetivos semejantes que se producían con espontaneísmo y en toda la geografía española. Por otra parte, los intelectuales —los ilustrados— veían en Napoleón una especie de ejecutor testamentario de la Revolución: el hombre que desprestigiaba las monarquías absolutistas y feudales de Europa, que podía traer un esclarecimiento general. «Durante toda la primera parte de la guerra de la Independencia, los elementos más radicales —los futuros liberales— y el clero, aun estando de acuerdo en limitar los privilegios del Trono, se vieron en la necesidad de exaltar y de convertirlo en un verdadero mito —esta era la realidad, ya que las personas más conscientes despreciaban profundamente a Fernando VII por su comportamiento personal y sus vilezas— a fin de poder movillar y galvanizar las masas campesinas para la guerra». «Las masas del campo —la enorme mayoría del país— sólo sabían del Rey, sobre todo entraron en conocimiento de que Fernando VII era el nuevo Rey que venía a reme-



diar todos los abusos cometidos por el ambicioso favorito Godoy: "le bouc émissaire" de los pecados de todo el grupo dirigente, incluida la Corte».

De este movimiento salieron unas fuerzas democráticas, las Juntas. Salió más tarde el intento parlamentario y legislador de las Cortes de Cádiz. Salieron unos guerrilleros populares: Juan Martín Díaz, «El Empecinado»; Francisco Espoz y Mina, Joaquín de Pablo. Salieron militares profesionales como Porlier, Manso, Milán del Bosch, donde se ancla una tradición democrática del Ejército español. Salió una renovación del Ejército «aboliendo así, de hecho, el privilegio de mandar tropas reservado hasta entonces a los nobles», dice Fernando Garrido en su «España contemporánea», que se hace más explícito: «Mina, el campesino; Manso, el molinero; Jáuregui, el pastor; "El Empecinado", mozo de mulas, y tantos otros salidos de la clase más ínfima ocupaban al final de la guerra de la Independencia los primeros puestos en el Ejército, cuyos oficiales, en su mayoría, eran también del pueblo. Las reacciones absolutistas de 1814 y de 1823 no pensaron nunca en destruir esta reforma radical, tan imposible les parecía hacerlos».

La revolución disfrazada de 1808 produjo bastantes más efectos que los que le atribuía Marx en una frase dura: «En las guerrillas, actos sin ideas; en las Cortes, ideas sin actos». Es cierto que había, y ha habido siempre, una separación en España —¿y en otros países?...— entre la clase política y la clase popular, pero los actos de las guerrillas eran política en sí, y las ideas de las Cortes se fueron, como pudieron, transformando en actos. «¡Qué grandeza en esas Cortes que legislan para el porvenir en la única milla cuadrada libre del territorio!» (Pierre Vilar).

El carácter popular del movimiento y la intención reformadora de las estructuras feudales de la época son características esenciales. Lo es la oposición de la alta nobleza. El duque del Infantado recibía a José Bonaparte con estas palabras: «Los grandes de España fueron siempre conocidos por su lealtad a sus soberanos, y Vuestra Majestad hallará en ellos la misma afección y fidelidad». Años más tarde lo comentaba don Rafael María de Labra: «¿Y qué pensar de nuestros satisfechos aristócratas, los hombres del señorío y de la limpieza de sangre; de aquellos títulos y

grandes de España, en cuyos nombres parecía resumida toda nuestra esplendorosa historia; de aquellas eminencias de la administración, y del foro, y de la Iglesia, convocadas por Napoleón para su Congreso del 15 de junio de 1808, grandes personalidades que, con las señaladas excepciones del marqués de Astorga, el obispo de Orense, el bailío Valdés y algún otro más que ahora escapa a mi memoria, se prestaron a imitar a los acompañantes de los Reyes a Valençay (el duque de San Carlos, el marqués de Ayerbe, el de Feria, Escoiquiz y otros), o como el cardenal Borbón, arzobispo de Toledo, rindieron "los homenajes de su amor, fidelidad y respeto a los nuevos señores de España", ofreciéndose a "desempeñar los destinos que les confiriesen", ya el gran soldado regenerador de la patria española, ya el monarca justo, humano y grande que se llamó José Bonaparte?»

En Valençay tuvo que firmar la paz Napoleón. Liberó a Fernando VII, que entró en España en 1814. Había delirio en el pueblo. Le habían llamado «El Descado». Pero mientras se dirigía hacia Madrid, escoltado por el general Elio, sus soldados rompían en los pueblos las lápidas de «Plaza de la Constitución». En Valencia, Fernando anunciaba que no juraría la Constitución, mientras en Madrid el general Eguía mandaba a la cárcel a los liberales (Argüelles, Muñoz Torrero, Martínez de la Rosa, Larrazábal, Calatrava, García Herrero). Penas de ocho años en presidios lejanos. Ilustrados afrancesados, liberales, guerrilleros populares, enemigos personales de Fernando VII, militares renuentes, se mezclaron en la represión. Los intentos de resistencia fueron reprimidos rápidamente. El general Porlier fue ejecutado en La Coruña; Lacy, en el castillo de Bellver; el coronel Vidal, en Valencia (le llevaron al foso gravemente herido por el general Elio). Los guerrilleros populares habían sido ejecutados o estaban en fuga.

Un teniente coronel llamado Rafael de Riego regresó por entonces a España, después de una larga prisión en Francia. Fue destinado a mandar el batallón de Asturias, en Cabezas de San Juan. De ahí saldría la revolución constitucionalista de 1820, que sería, con palabras de Baroja, «como un carro pesado tirado por mariposas».

Pero esa es otra historia. ■
PABLO BERBEN.

Cómo transformar unas gafas graduadas en gafas de sol Polaroid.

Y viceversa.



Instrucciones: Compre unos Suplementos Polaroid. A continuación colóquelos sobre sus gafas. Ya tiene Vd. unas Gafas de Sol. Pero no unas gafas de sol corrientes, sino las Gafas de Sol Polaroid, que eliminan los reflejos del Sol. (Esto quiere decir que Vd. puede ver más claramente y con mayor comodidad).

Instrucciones para volver a convertir sus Gafas de Sol en gafas graduadas: Es tan fácil... que no las hemos escrito.

Suplementos Polaroid

"Polaroid" es marca registrada de Polaroid Corporation, Cambridge, Mass. U.S.A.